



V Domingo de Pascua, Cielo A

Yo soy el camino, la verdad y la vida

Preparado por el P. Behitman A. Céspedes De los Ríos (Diócesis de Pereira), con el apoyo del P. Emilio Betancur M. (Arquidiócesis de Medellín). Cf. Servicio Bíblico Latinoamericano.

Hcb 6,1-7: Eligieron a siete hombres llenos de Espíritu
Salmo 32: Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros
1Pe 2,4-9: Ustedes son una raza elegida, un sacerdocio real
Jn 14,1-12: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida

«Yo soy el camino, la verdad y la vida»

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos:

«No pierdan la paz, crean en Dios y crean también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones, si no, se lo habría dicho, porque voy a



prepararles un lugar. Cuando vaya y les prepare sitio, volveré y los llevaré conmigo, para que donde estoy yo estén también ustedes. Y ya saben el camino a donde voy».

Tomás le dijo:

«Señor, no sabemos adónde vas. ¿Cómo podemos saber el camino?»

Jesús le respondió:

«Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí. Si me conocieran a mí, conocerían también a mi Padre. Ahora ya lo conocen y lo han visto».

Le dijo Felipe: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta».

Jesús le replicó: «Felipe, tanto tiempo hace que estoy con ustedes, ¿y todavía no me conoces? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre. ¿Entonces por qué

dices: “Muéstranos al Padre?” ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que yo les digo no las digo por mi propia cuenta. Es el Padre, que permanece en mí, quien hace las obras que hago yo, y las hará aún mayores, porque yo me voy al Padre».

Palabra del Señor

Jesús: horizonte, criterio de verdad y sentido de la vida

Primera lectura

En la primera comunidad cristiana, descrita por Lucas en la primera lectura, los apóstoles se dan cuenta de que no pueden hacerlo todo, y que necesitan valerse de otros para atender a las necesidades urgentes de la comunidad, para no desatender el ministerio de la Palabra. Pero ellos no nombran a nadie, no imponen su voluntad eligiendo ellos. Invitan más bien a la comunidad a escoger sus propios servidores, sus animadores. Les presentan a siete personas que son «autorizados» por los apóstoles para atender a la comunidad. No son servidores de segunda. Son personas encargadas o enviadas a realizar ministerios diferentes. Pero todos estaban empeñados en la difusión de la Palabra y en el crecimiento numérico y cualificado de la comunidad.

Segunda lectura

Así mismo, el autor de la carta de Pedro quiere subrayar el papel de todos los miembros de la comunidad creyente en la construcción del templo vivo de Dios. Jesús es la piedra viva, el fundamento, la base para construir la casa de Dios. Sobre esa piedra se instalan las demás piedras, los seguidores de Jesús. De manera pues que no somos solo espectadores de la construcción. Somos artífices y al mismo tiempo materia fundamental para alcanzar la construcción del gran edificio humano, levantado sobre la roca, Jesucristo, sostenido por la columna del Espíritu Santo y estructurado con la activa cooperación de cada uno de los bautizados. El sacerdocio, más que un honor, un privilegio, una casta... es un dinamismo desatado por el Espíritu para el



servicio de la comunidad eclesial. Todos somos ministros, todos sacerdotes, todos servidores en una densa experiencia fraternal al servicio del Reinado de Dios.

Evangelio

El evangelio de Juan revela la situación crítica que vive la comunidad naciente provocada por el ambiente hostil y peligroso en que se va desarrollando. Jesús no solo es la piedra fundamental, sino que Jesús es también camino, verdad y vida. Los discípulos están confundidos ante las Palabras de Jesús. En los anteriores versículos Jesús ha anunciado la traición de Judas y la negación de Pedro. Este episodio refleja la situación de crisis de los discípulos porque no entienden el camino de Jesús. Las palabras que Jesús pronuncia pretenden alentarles en la esperanza, fortalecerlos en medio de la angustia, devolverles el horizonte de vida.

Jesús es camino, es decir, es proyecto, horizonte que guía la vida. Su muerte está llena de sentido porque en ella se manifiesta el amor de Dios por la Humanidad y les devuelve la razón de vivir en momentos de confusión y desesperación.

Jesús es verdad: la mentira, el engaño, la corrupción se apodera del corazón de la persona humana. La Palabra anunciada y testimoniada por Jesús, que es la Palabra del Padre, se convierte en criterio de verdad, en transparencia que devuelve la luz.

Es vida: frente a las fuerzas de la muerte que causan terror, Jesús da sentido a la vida, se revela como Señor de la vida y vencedor de la muerte. Y en él todos los que apuestan a favor de un proyecto de vida, de verdad y amor como horizonte que puede salvar a la Humanidad del caos, la injusticia, la corrupción, la exclusión y la maldad.

Quién cree en Jesús cree en el Padre y será transparencia del Resucitado. En el fondo eso es ser cristiano, que es una forma de ser en plenitud hijos/as de Dios. Pero la propuesta de Jesús no es un asunto meramente individual, intimista, espiritualista. El proyecto de su seguimiento es exigente y radical.



También la persona cristiana, integrada al cuerpo comunitario, debe ser camino, verdad y vida. Estamos llamados a ser una alternativa de vida, junto con otras alternativas de vida –representadas por otras personas y comunidades inspiradas por otras religiones– en medio de un mundo desorientado que con frecuencia no encuentra el sentido de la existencia. Somos servidores de la Vida aun en medio de la muerte que siembra el egoísmo humano cuando desatiende la sabiduría que se manifiesta «por los muchos caminos de Dios». La desatención a esta sabiduría divina manifestada por tantos caminos, repercute en las crecientes injusticias sociales y guerras que pretenden justificarse con llamados a la defensa de la libertad y de la seguridad, o a la imposición de la democracia o de la «libertad de comercio»... pero que en el fondo esconden mezquinos intereses económicos y hegemónicos de las potencias más fuertes, y plagan de hambre y de miseria a los pueblos pobres.

Nuestra misión, pues, como personas cristianas, es ser alternativa de vida, de resistencia y esperanza para todos.

Fe y justicia para la paz

Hay angustias que son de crecimiento como las de la juventud; es el caso de la primera comunidad cristiana. Al inicio la comunidad se componía de solo judíos; ahora se requiere la atención hacia el externo con la predicación a los samaritanos y helenistas (judíos nacidos en el extranjero) y formados de acuerdo a una cierta cultura griega. Ellos poseían sinagogas propias y las Escrituras las leían en griego, que era su lengua materna. Se cuidaba más a las viudas de los hebreos que a las de los helenistas, que necesitaban mejor alimentación.

Desde el génesis la fe tiene siempre que ver con la comida. En una asamblea, para la identidad, convocada por los Doce, le explicaron a la gente que “no era justo dejar el ministerio de la palabra para dedicarse a administrar bienes” (primera lectura). Para asumir las nuevas circunstancias sociales, “el servicio a los hermanos”, sin dividir la comunidad entre griegos y hebreos, el Espíritu Santo inspiró: “Escojan entre ustedes a siete hombres de buena



reputación, llenos de Espíritu Santo y sabiduría a los cuales encargaremos del servicio a las mesas. Nosotros nos dedicaremos a la oración y al servicio de la palabra”. Mientras tanto la palabra de Dios iba cundiendo. Incluso un grupo numeroso de sacerdotes había aceptado la fe”, Es la primera vez que se habla de la conversión de los sacerdotes (el sacerdocio antiguo).

Comunidad y paz

Un justo equilibrio y cualificación entre el servicio de la predicación, pastoral profética y sacramental y el de “las mesas”, pastoral social, son una excelente pedagogía para la paz por lo que significa para la construcción o reconstrucción de la comunidad cristiana, templo del Espíritu Santo formado por los creyentes. Quienes mantienen la alianza entre la fe y la justicia son “las piedras vivas, que van entrando en la edificación del templo espiritual para formar un sacerdocio santo, la comunidad, destinado a ofrecer sacrificios espirituales, agradables a Dios, por medio de Jesucristo. Ustedes son estirpe elegida, sacerdocio real, nación consagrada a Dios y pueblo de su propiedad, para que proclamen las obras maravillosas que los llamó de las tinieblas a su luz admirable” (Segunda lectura).

La paz del cielo

Una comunidad como la describe la primera carta de Pedro (segunda lectura), es un “*kairós*”, momento y sitio providente para construir y no perder la paz: Los discípulos pensaban en su interior: una cosa es creer en Dios y otra muy distinta es creer en Jesús, quien había perdido la partida. “En la casa (el corazón) de mi Padre hay muchas habitaciones (intimidad); si no fuera así, ¿les habría dicho que me voy a preparar un sitio para ustedes?”

El problema de la muerte de un creyente, que vive su fe en comunidad, no es tan dramático como decir: se murió y empieza el recuerdo nostálgico; siendo otra la realidad: “Cuando me vaya y les prepare una morada (intimidad), volveré y los llevaré conmigo, para que donde yo esté, estén también ustedes” (la comunidad). Esto debería ser lo último que le susurraran a uno al oído con cariño para sanar cualquier temor. No es que ahora sepamos más



bien poco del cielo, sino que lo anterior es suficiente; menos engorroso o costoso que un trasteo o hacer un testamento, como en algunos casos para dividir la familia. El temor se vuelve confianza y cercanía cuando la comunidad sabe por su experiencia de fe que Dios está en el interior, lo mismo que en el interior de los demás con una vida indestructible. El Resucitado, por ser el Viviente, se constituye en camino hacia el Padre. Tomás no ve cómo la muerte puede expresarse en términos de paso para alcanzar una meta, porque para él la muerte es la meta y final del viaje; por eso no sabe adónde marchará Jesús, quien le explica que Él “es el camino y la verdad”, dos aspectos relativos a la vida, que es el absoluto como nacimiento en el Espíritu, por el bautismo. “Que el Padre está presente en Jesús” para obrar en favor del hombre tampoco lo había entendido Felipe. Si las obras de Jesús están en favor del hombre es porque está identificado con el Padre: “El que crea en mí, hará las obras que hago yo, y las hará aún mayores, porque yo me voy al Padre” (evangelio). Jesús desde su nueva condición de resucitado sigue creando en la comunidad con el solo fin de que ésta se ponga al servicio de los demás. “Cuida el Señor de aquellos que lo aman, y en su bondad confían; los salva de la muerte y en épocas de hambre los reanima” (Sal 32).

Creer en Dios y creer en Jesús

Benedicto XVI, Regina Caeli, 22 de mayo de 2011

Queridos hermanos y hermanas:

El Evangelio de este quinto domingo de Pascua propone un doble mandamiento sobre la fe: creer en Dios y creer en Jesús. En efecto, el Señor dice a sus discípulos: «Creed en Dios y creed también en mí» (Jn 14,1). No son dos actos separados, sino un único acto de fe, la plena adhesión a la salvación llevada a cabo por Dios Padre mediante su Hijo unigénito. El Nuevo Testamento puso fin a la invisibilidad del Padre. Dios mostró su rostro, como confirma la respuesta de Jesús al apóstol Felipe: «Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre» (Jn 14,9). El Hijo de Dios, con su encarnación, muerte y resurrección, nos libró de la esclavitud del pecado para darnos la libertad de



los hijos de Dios, y nos dio a conocer el rostro de Dios, que es amor: Dios se puede ver, es visible en Cristo. Santa Teresa de Ávila escribe que no hay que «apartarse de industria de todo nuestro bien y remedio, que es la sacratísima humanidad de nuestro Señor Jesucristo» (*Castillo interior*, 7, 6: Obras Completas, EDE, Madrid 1984, p. 947). Por tanto sólo creyendo en Cristo, permaneciendo unidos a él, los discípulos, entre quienes estamos también nosotros, pueden continuar su acción permanente en la historia: «En verdad, en verdad os digo —dice el Señor—: el que cree en mí, también él hará las obras que yo hago» (*Jn* 14,12).

La fe en Jesús conlleva seguirlo cada día, en las sencillas acciones que componen nuestra jornada. «Es propio del misterio de Dios actuar de manera discreta. Sólo poco a poco va construyendo *su* historia en la gran historia de la humanidad. Se hace hombre, pero de tal modo que puede ser ignorado por sus contemporáneos, por las fuerzas de renombre en la historia. Padece y muere y, como Resucitado, quiere llegar a la humanidad solamente mediante la fe de los suyos, a los que se manifiesta. No cesa de llamar con suavidad a las puertas de nuestro corazón y, si le abrimos, nos hace lentamente capaces de “ver”» (*Jesús de Nazaret* II, Madrid 2011, p. 321). San Agustín afirma que «era necesario que Jesús dijese: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (*Jn* 14,6), porque una vez conocido el camino faltaba por conocer la meta» (*Tractatus in Ioh.*, 69, 2: ccl 36, 500), y la meta es el Padre. Para los cristianos, para cada uno de nosotros, por tanto, el camino al Padre es dejarse guiar por Jesús, por su palabra de Verdad, y acoger el don de su Vida. Hagamos nuestra la invitación de san Buenaventura: «Abre, por tanto, los ojos, tiende el oído espiritual, abre tus labios y dispón tu corazón, para que en todas las criaturas puedas ver, escuchar, alabar, amar, venerar, glorificar y honrar a tu Dios» (*Itinerarium mentis in Deum*, I, 15).

Queridos amigos, el compromiso de anunciar a Jesucristo, «el camino, la verdad y la vida» (*Jn* 14,6), constituye la tarea principal de la Iglesia. Invoquemos a la Virgen María para que asista siempre a los pastores y a cuantos en los diversos ministerios anuncian el alegre mensaje de salvación, para que la Palabra de Dios se difunda y el número de los discípulos se multiplique (cf. *Hch* 6,7).

El Camino

José Antonio Pagola

Al final de la última cena, los discípulos comienzan a intuir que Jesús ya no estará mucho tiempo con ellos. La salida precipitada de Judas, el anuncio de que Pedro lo negará muy pronto, las palabras de Jesús hablando de su próxima partida, han dejado a todos desconcertado y abatidos. ¿Qué va ser de ellos?

Jesús capta su tristeza y su turbación. Su corazón se conmueve. Olvidándose de sí mismo y de lo que le espera, Jesús trata de animarlos: “Que no se turbe vuestro corazón; creed en Dios y creed también en mí”. Más tarde, en el curso de la conversación, Jesús les hace esta confesión: “Yo soy el camino, la verdad y la vida. Nadie va al Padre, sino por mí”. No lo han de olvidar nunca.

“Yo soy el camino”. El problema de no pocos no es que viven extraviados o descaminados. Sencillamente, viven sin camino, perdidos en una especie de laberinto: andando y desandando los mil caminos que, desde fuera, les van indicando las consignas y modas del momento.

Y, ¿qué puede hacer un hombre o una mujer cuando se encuentra sin camino? ¿A quién se puede dirigir? ¿Adónde puede acudir? Si se acerca a Jesús, lo que encontrará no es una religión, sino un camino. A veces, avanzará con fe; otras veces, encontrará dificultades; incluso podrá retroceder, pero está en el camino acertado que conduce al Padre. Esta es la promesa de Jesús.

“Yo soy la verdad”. Estas palabras encierran una invitación escandalosa a los oídos modernos. No todo se reduce a la razón. La teoría científica no contiene toda la verdad. El misterio último de la realidad no se deja atrapar por los análisis más sofisticados. El ser humano ha de vivir ante el misterio último de la realidad.

Jesús se presenta como camino que conduce y acerca a ese Misterio último. Dios no se impone. No fuerza a nadie con pruebas ni evidencias. El Misterio último es silencio y atracción respetuosa. Jesús es el camino que nos puede abrir a su Bondad.



“Yo soy la vida”. Jesús puede ir transformando nuestra vida. No como el maestro lejano que ha dejado un legado de sabiduría admirable a la humanidad, sino como alguien vivo que, desde el mismo fondo de nuestro ser, nos infunde un germen de vida nueva.

Esta acción de Jesús en nosotros se produce casi siempre de forma discreta y callada. El mismo creyente solo intuye una presencia imperceptible. A veces, sin embargo, nos invade la certeza, la alegría incontenible, la confianza total: Dios existe, nos ama, todo es posible, incluso la vida eterna. Nunca entenderemos la fe cristiana si no acogemos a Jesús como el camino, la verdad y la vida.

